



LLAMADOS DE DIOS DESDE EL PUEBLO

Ronaldo Muñoz

Este es el texto de una reflexión ofrecida el 14 de mayo último en la Asamblea Pastoral de la Zona Oriental de Santiago. Fue presentada como "El testimonio de un hermano que, como ustedes, quiere compartir desde dentro de la vida de este pueblo, quiere seguir a Jesucristo en este momento de nuestra historia, y compartir la búsqueda de un auténtico servicio de Iglesia a este pueblo nuestro". No son tesis teológicas ni orientaciones pastorales. Son "llamados" de un género, tal vez, más profético y espiritual. El testimonio de lo que, en la convicción del autor, son algunos llamados que el Dios de nuestro pueblo, el Señor de la historia y de la Iglesia, nos está haciendo en este momento, a nuestras comunidades cristianas.

1. NO ACOSTUMBRARNOS AL LENTO DETERIORO DE LA VIDA DE LOS POBRES. No acostumbrarnos al avance de todas esas fuerzas de muerte que nuestro pueblo va sufriendo, en su carne, en su alma, en su convivencia. Los problemas económicos que le siguen, las frustraciones de los jóvenes, esa especie de gran neurosis generalizada en nuestras poblaciones, el aumento de la delincuencia, de la drogadicción, de la prostitución juvenil. Todas estas cosas que ya desgraciadamente no son noticia, pero que siguen avanzando, siguen corroyendo las reservas de vida y de esperanza de nuestro pueblo. No acostumbrarnos a este proceso de muerte, no darlo ya por un hecho, como un dato al que no tenemos más remedio que amoldarnos. Creo que el Señor de nuevo nos interpela todos los días a través de tantos rostros, de tantos hechos, de tanta miseria.

No perder la capacidad de indignación, de la cual tiene que surgir una denuncia. No sólo frente a ciertos hechos que hacen más noticia, que constituyen escándalo público, publicitario. Sacar la voz por todo este proceso lento que corroe la vida diaria, en las cosas simples y terribles que hacen para nuestro pueblo cada vez más difícil respirar. Ayer no más, comentábamos con una hermana religiosa de nuestro sector. En su población, contigua a la mía, hay por lo menos un 80% de jefes de hogar que están cesantes. Muchos tienen cortada el agua, mucha gente está colgada para tener luz y tienen un anafre para calentar agua y echarle un poquito de azúcar y con eso entretener el hambre de los niños.

Chilectra ha empezado a cortar la luz cada vez por períodos más largos. Ultimamente, ayer, se cumplían tres días en que no había luz en absoluto. La gente empieza a acostarse a las seis de la tarde, para tratar de pasar menos horas sufriendo el hambre, sufriendo el sin sentido, el vacío. Es como la vida que se va apagando.

Hay tantos acontecimientos en el plano de organizaciones sociales o políticas, en el plano eclesial, tantas cosas que son noticia. Pero, por favor, nosotros, si alguna verdad damos a eso de la opción por los pobres, del convivir con nuestro pueblo, no perdamos el sentido de las proporciones. Es éste el problema, éste que ya no es novedad ni noticia. Ahí está el gran llamado. El llamado del Señor que está en los más débiles, en todos esos rostros cada día más anónimos, en esa vida sin relieve que se va apagando lentamente. No acostumbrarnos al avance de las fuerzas de la muerte, al lento deterioro de la vida de nuestro pueblo más pobre.

Junto a eso, **mantener nuestra capacidad de asombro por todos los signos milagrosos de vida, de resurrección**, que se dan en el seno mismo de este mundo empobrecido, de este mundo que sufre esa erosión de muerte. Los signos de solidaridad sencilla, la capacidad que nuestro pueblo mantiene incluso para reír, para "echar la talla". La capacidad que los pobladores de esa misma población que mencionaba recién tienen para inventar y hacer todas las noches fogatas en las esquinas. No sólo para las protestas sino para reunirse, para calentarse, cantar, contar chistes, y así vivir de siete a diez de la noche unas horas de vida humana, antes de acostarse con su obscuridad y su ham-

bre. Admirar eso, y proclamar el Evangelio que está viviente en esos pequeños y simples hechos de vida tan elemental, tan básica, pero humana y por lo tanto llena de la presencia de Dios, del Dios de la vida.

2. ASUMIR EVANGELICAMENTE EL DESPERTAR POLITICO DE NUESTRO PUEBLO, despertar constructivo, lleno de ambigüedad, de interrogantes, de incertidumbres,...pero despertar. Despertar de vida, de dignidad, de capacidad solidaria, de ánimo de lucha por la vida del pueblo. Por lo tanto, despertar de generosidad, de amor. Asumir esto, sin descuidar en nuestra atención y nuestro servicio pastoral las otras dimensiones de la vida.

Es decir, asumir ese despertar lúcidamente dándole toda la importancia que tiene y debe adquirir cada vez más, sin dejarnos encandilar por ese despertar y movimiento político.

No perder de vista otras dimensiones de la vida: la familia, el afecto, la ternura, el compañerismo, la amistad. Otras necesidades humanas, elementales, a cuyo servicio tiene que estar toda lucha política, incluso todo servicio pastoral entendido en la lógica del Señor de la vida.

Repito: asumir evangélicamente el despertar político, conflictivo, incierto, cuestionador, sin descuidar las otras dimensiones de la vida. Sin perder nuestra atención a esas otras dimensiones, nuestro cuidado por las mismas en nosotros, en los demás, en los grupos, en la porción de pueblo donde nos toca vivir y servir.

3. CULTIVAR SOLIDARIAMENTE LA CONCIENCIA CRITICA FRENTE A LOS PROCESOS ECONOMICOS, POLITICOS. Proceso también, como se les llama a veces, **psico-sociales**: es decir; de la mentalidad común, de la conciencia, de los valores, de las aspiraciones de la gente. **Culturales**, se les podría llamar también. Cultivar esa conciencia crítica, cultivar en nosotros una cierta cultura política, por ejemplo, una cierta lucidez respecto de lo que está ocurriendo, no sólo en tal familia, en tal cuadra o en tal comunidad, sino en el medio humano más amplio, que constituye el contexto de la vida colectiva. Qué procesos vamos viviendo como pueblo, como nación; como grupo, socialmente hablando: como clase obrera, como sector medio, como profesionales. Qué procesos va viviendo la mujer pobladora, por ejemplo;

la juventud, bajo qué impactos está viviendo, qué frustraciones sufre más colectivamente; cómo recibe el bombardeo de los mensajes ideológicos de la televisión con sus valores o sus falsos valores.

Estar en un proceso constante de detección, de preguntarnos para dónde va la vida de la gente; y eso, como al reverso, para defendernos de tanto engaño, defendernos de la mentira, a veces sistemática, buscada a través de los medios de comunicación masiva.

Defendernos de toda manipulación ideológica que viene de los que tienen el poder, y defendernos también de las ilusiones o los fanatismos que pueden surgir en nosotros, que están surgiendo tan explicablemente en los grupos organizados del pueblo, en los jóvenes por ejemplo. Fanatismos que son frutos de tanta desesperación, de tanta frustración, de esa impaciencia de la vida que se asfixia. Pero, no entrar nosotros en esas ilusiones, en esos fanatismos. Nuestro radicalismo tiene otra dirección, y tiene que ser un servicio para que nuestros hermanos más comprometidos en la organización popular o en la lucha política puedan enfrentar esa lucha con cabeza fría, con horizonte amplio, con profundidad humana. Ojalá, en los creyentes, con profundidad evangélica. Eso es **cultivar solidariamente la conciencia crítica, autocrítica** también.

4. AHONDAR COMUNITARIA Y PERSONALMENTE EN LA EXPERIENCIA DEL DIOS DE LA VIDA, DEL DIOS QUE ENCONTRAMOS EN LA VIDA DE LAS PERSONAS, EN LA VIDA COLECTIVA, EN LA HISTORIA. Ahondar esa experiencia y hacer escuela de **oración cristiana**.

En todas las culturas, en todas las tradiciones religiosas, hay oración válida y auténtica. Pero el cristiano hace oración no dando la espalda a la realidad de sus hermanos y de la historia colectiva, sino ahondando en la misma realidad. Tal vez, a veces, tomando distancia para tener perspectiva. Sin separar la hondura personal, la intimidad personal, de esa intimidad colectiva del Dios presente en el corazón del pueblo. Del Dios que está presente en los anhelos compartidos, en el sufrimiento, en la lucha, en las esperanzas de nuestro pueblo, en los procesos históricos. Que está presente o está siendo rechazado, y por lo tanto interpelándonos él mismo, llamándonos a conversión.

Ahondar en esta experiencia de Dios en la vida y hacer escuela de oración cristiana. Que realmente nuestros encuentros comunitarios como cristianos, no se queden nunca solamente en un nivel de hacer inventario de lo que está sucediendo para tratar de ver alguna coherencia y descubrir la lógica de los hechos, solamente en un nivel sociológico. Sino que realmente percibamos contemplativamente al Dios que camina en esta historia; que se acerca a nosotros; que está en la vida y el sufrimiento de los pobres, en sus anhelos, en sus gestos sencillos y a veces primitivos de hermandad, de esperanza, de cariño, de entrega a sus semejantes.

Descubrir a ese Dios, contemplarlo, ponernos en sus manos, cultivar la confianza en la ternura de Dios en medio de tanta dureza y crueldad en la vida colectiva, en la vida de las personas, de la familia; a veces en nuestras propias vidas, tan tironeadas, desbordadas, desgarradas, por compartir siquiera tangencialmente tanto sufrimiento, tanta frustración, tanta incertidumbre. Que abramos espacios para esa contemplación gratuita, celebrante, agradecida y que aprendamos a hacer oración, tal vez de una manera nueva. Que aprendamos con nuestro pueblo una oración en la que tenemos mucho que enseñar de nuestra tradición espiritual y tanto que aprender de esa fe sencilla, profunda, de nuestro pueblo humilde. La forma como el pueblo espontáneamente liga la fe a la vida, sin necesidad de tantos argumentos, razones o elaboraciones teológicas que tenemos nosotros que hacer, por la formación intelectualista que hemos recibido. Descubrir todo eso: que nuestras comunidades sean como laboratorios de oración nueva, testimonios vivos de esa fe que se hace espontáneamente oración en la vida.

5. MANTENER Y UNIFICAR LA DIMENSION COLECTIVA Y LA DIMENSION PERSONAL DE NUESTRA EXPERIENCIA DE DIOS. Evoquemos aquí lo que es la atmósfera, toda la riqueza y variedad, de la tradición bíblica; las expresiones de fe, de experiencia de Dios, que recogemos en las distintas tradiciones de la Biblia, con toda la variedad de épocas y circunstancias, de teologías y sensibilidades.

Hay ahí toda una dimensión de pueblo. Yo creo en este Dios en cuanto pertenezco a un pueblo que es sujeto de una tradición de fe, de haberse encontrado con Dios y haberlo experimentado en su camino colectivo, en su experiencia y su histo-

ria de pueblo; en los grandes acontecimientos, en las situaciones más agudas, críticas o pacíficas y gozosas de la vida del pueblo, como colectividad. Y al mismo tiempo, encontramos en la Biblia expresiones tan profundas, tan íntimas, tan intensamente personales, de un "tú a tú" con un Dios que es amigo, que es mi Dios, mi Señor, el Dios de mi vida.

Estas dos dimensiones no están separadas en la Biblia, y eso creo que es un llamado muy apremiante para nosotros: **aprender a unir esta dimensión intensamente personal de la experiencia de Dios, con una dimensión fuertemente histórica** que nos saca fuera de nosotros mismos; que no hace que las personas o los grupos giren en torno a cada uno de nosotros, sino que nos hace a nosotros dependientes de los demás. Hace que nuestra propia experiencia de Dios dependa, en cierta manera, del camino colectivo, de una experiencia y una expresión de comunidades de fe en medio de este pueblo.

En los profetas de Israel encontramos esa síntesis profunda. El profeta es, al mismo tiempo, el hombre de Dios para el pueblo. Es como el nombre de los grandes profetas: "el hombre de Dios". Se los llama así comúnmente, es el nombre popular: el hombre de Dios vino, dijo esto, etc. Y por otro lado, en la oración de los profetas, en Moisés o Jeremías por ejemplo, uno siente que ese hombre está hablándole a Dios como el hombre de su pueblo, el hombre que es portavoz de su pueblo, que es intérprete de su pueblo.

En ellos como que se anuda la alianza: portavoz de Dios para el pueblo y conciencia e intérprete del pueblo frente a Dios. Los Salmos están llenos de esa misma unidad profunda: son una oración, al mismo tiempo, intensamente personal e intensamente histórica, abierta a la dimensión colectiva. No hay ningún narcisismo en la espiritualidad bíblica: es una espiritualidad profundamente personal y profundamente histórica. Porque así es nuestro Dios: es el Dios del pueblo, es el Dios de mi hermano, es mi Dios.

6. ABRIR, ENSANCHAR, ESPACIOS COMUNITARIOS DE ACOGIDA MUTUA, donde los hombres y mujeres de nuestro pueblo, los jóvenes y adultos, los viejos, los niños, se encuentren verdaderamente, se sientan acogidos y llamados a acoger a sus hermanos. Y que en esos espacios, porque son así, espacios de acogida mutua, se alimente la dignidad, se alimente la esperan-

za de nuestro pueblo, se experimente al Dios del amor y la esperanza como en un sacramento concreto. Las comunidades tienen que ser sacramento de Dios en los hermanos, sacramento de comunión compartida con Dios, primero para los que formamos parte de ellas, para que puedan serlo para otros después. Tenemos primero que hacer el descubrimiento gozoso de la fraternidad, descubrimiento gozoso y exigente a la vez, comprometedor. Gozar de ser acogidos, pero exponernos también a la crítica, exponernos también a que nos empiecen a comer nuestro tiempo y energías, nuestra tranquilidad y seguridad. Exponernos a los hermanos, a sus miserias y necesidades, a sus exigencias o sus demandas.

Abrir y mantener estos espacios comunitarios de acogida mutua, que alimenten la dignidad y la esperanza. Una esperanza activa, que nos devuelva al trabajo, a la vida.

A la vida familiar y de barrio, a la tarea pastoral, a la lucha sindical, política. Que nos devuelva con un nuevo impulso de vida y coraje. Porque uno se siente querido y tomado en serio por otros, uno es capaz de querer y de tomar en serio a los demás. Si uno se descubre amado, es capaz de cualquier sacrificio. Ahí está el secreto de la entrega de Jesús hasta la muerte: su experiencia profunda y radical del cariño y la ternura del Padre.

¿Cómo no hacer nosotros esa experiencia que nos está ofrecida, cómo no activarla, cómo no ser sacramento para nuestros hermanos y cómo reconocer en nuestros hermanos y en la convivencia comunitaria este sacramento de ese mismo amor que Jesús nos ha demostrado? Sentirlo cerca, palparlo con nuestras manos, y así poder anunciar también a este Verbo de la vida. **Abrir, ensanchar, mantener, espacios comunitarios de acogida mutua, de alimentación de la esperanza activa.** Todo esto, consciente de que estamos haciendo flotar botecitos en un océano de indiferencia, dureza y crueldad, donde todo parece desmentir la realidad y la eficacia del amor. Nosotros, hacer verdadera esta eficacia con nuestra práctica: ese es el desafío.

7. CONVERTIRNOS, SIEMPRE DE NUEVO, A UN ESTILO DE FRATERNIDAD CORRESPONSABLE, Y RESISTIR SERENA Y HUMILDEMENTE LAS TENDENCIAS AUTORITARIAS EN NUESTRA IGLESIA. Resistir humildemente y serenamente, pero con firmeza y convicción. Tendencias autoritarias que no nos vienen

sólo de arriba, sino que nosotros también prolongamos hacia abajo, muchas veces, sin saberlo. No estoy planteando simplemente una crítica, que puede ser fácil, hacia las autoridades que están encima de nosotros. Revisémonos cada uno. Es toda la vida de la Iglesia la que está afectada por estas tendencias autoritarias, como está afectada toda nuestra vida por el pecado. La Iglesia también es un terreno donde están en pugna la gracia y el pecado, no sólo el mundo exterior. Y el pecado y la gracia se juegan también en esta tensión entre autoritarismo y fraternidad corresponsable, entre dominación y servicio.

Que nuestra autoridad no sea una imposición, un control sino que sea realmente un testimonio, un liderazgo entre hermanos.

El Pastor va adelante de las ovejas, ellas conocen su voz. El pastor no va atrás arreando las ovejas, va delante; él lo vive primero, él es el primero en correr los riesgos: el pastor de una comunidad cristiana debe vivir en las fronteras de la comunidad, no en el centro; debe vivir enfrentando lo nuevo, lo riesgoso.

Eso, claro nos rompe los esquemas de lo que es habitual, en las estructuras de autoridad y poder de toda organización humana. Digo esto porque la Iglesia, aunque no es solo eso, es también una organización humana.

Una de las cosas que más me impresionaba de Don Enrique Alvear, es lo que él mismo dejó estampado en el Documento de Puebla sobre el **Ministerio Jerárquico**, a partir de las palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: El Pastor va delante de sus ovejas, es el primero en correr los riesgos.

Los riesgos significan también ambigüedades, conflictos, persecución; que duden de uno, incluso de la propia buena fe. Es decir el pastor no puede ser menos que el Maestro de los pastores, que el único Pastor, a quien también trataron de infiltrado, de marxista leninista (claro, en los términos de la época), de endemoniado. Y Don Enrique, como el hombre de la frontera, estaba ahí donde había conflicto, dificultad. No por amor al conflicto. Don Enrique era un hombre constitucionalmente pacífico, demasiado pacífico para algunos. El estaba ahí porque sentía ese llamado del pastor que va delante de las ovejas.

Decía: "convertirnos siempre de nuevo a la fraternidad co-

rresponsable", trabajar por ella, cultivarla, especialmente nosotros los curas. Porque nuestra Iglesia sigue siendo mucho más clerical de lo que nosotros los curas quisiéramos y pensamos. Y también -con todo respeto a nuestras hermanas y hermanos laicos presentes- los curas muchas veces hacemos de los laicos colaboradores nuestros a nuestra imagen y semejanza; los clericalizamos, y pasan a ser líderes de comunidades o ministros de la Iglesia también con un estilo mandón.

Y la gente, nuestro pueblo humilde, muchas veces nos pide eso. Nos pone incluso a la fuerza sobre un pedestal, en un trono, y quisiera que nosotros siempre digamos la última palabra, tomemos las última decisión. Porque así es más fácil, más seguro: es el miedo a la libertad. Pero, con todo respeto y cariño por nuestro pueblo, y con mucha lucidez sobre las complicidades que eso despierta en nuestro propio gustito de estar arriba y tener poder...Porque el poder es una concupiscencia tan tremenda como la riqueza, y la riqueza es una concupiscencia tan tremenda como otras concupiscencias. Pero, ¡cuidado! nosotros no estamos excentos de eso; nosotros criticamos la dictadura, la opresión; nosotros que tenemos la piel tan fina, y con razón, para toda injusticia, para todo desprecio de los derechos humanos de los débiles, nosotros caemos muchas veces en el mismo juego.

Entonces, convertirnos siempre de nuevo a esa fraternidad corresponsable. Saber que si tenemos un ministerio, un servicio, si tenemos que estar a la cabeza, es para servir humildemente, con sentido de igualdad con profundo respeto a nuestros hermanos, con una actitud de escucha permanente al Espíritu que se manifiesta en ellos.

Resistir serena y humildemente las tendencias autoritarias en la Iglesia, con autocrítica de nosotros mismos, sin arrogancia ni servilismo.

El servilismo no es una virtud cristiana, nunca lo ha sido. Que no nos hagan creer eso. La humildad sí; pero la humildad no es servilismo. El cristiano tiene que vivir de pie, no arrodillado.

Dios es Padre que nos levanta, comenzando por los humillados y marginados.

8. *ASUMIR MAS EVANGELICAMENTE LA PERSECUCION Y VELAR ACTIVAMENTE POR LA UNIDAD INTERNA DE LA IGLESIA.* Por qué pongo estas dos cosas juntas? porque hay una persecución o un ataque a la Iglesia que es burdo, como lo pueden hacer algunas autoridades militares; pues, en su mentalidad, la Iglesia sí es crítica, entonces está con el enemigo, y hay que atacarla. Hemos sido testigos de ataques a la Iglesia que son así: indiscriminados, burdos; atacan a todos, desde el Papa hasta la última comunidad de Pudahuel.

Pero, ¡cuidado!, hay otro ataque a la Iglesia, otra persecución -por decirlo así- que es más sutil; que no quiere enfrentarse a la Iglesia como tal, sino a ciertos sectores "infiltrados", que no quiere atacar a la Iglesia, sino "depurarla", mostrar cuáles son los sectores de ella que están "maleados". Es una persecución más sutil, que busca introducir cuñas de división. De todo esto hay incluso teorías y estrategias desarrolladas, en centros de adiestramiento militar o de capacitación ideológica o política, en Norteamérica, para jefes o gobernantes de América del Sur.

Tenemos que asumir más evangélicamente la persecución, es decir, no admirarnos tanto de que se nos calumnie, se nos persiga, se nos descalifique. No hacer tanta tragedia de esto.

¿Quién nos ha dicho y dónde, que seguir a Jesucristo vaya a ser como atravesar la vida en coche dormitorio? ¡Nunca!. Todo lo contrario. El Evangelio está lleno de advertencias: No es el discípulo más que su maestro; si al Maestro lo trataron de demonio, a ustedes también; serán perseguidos, serán juzgados ante las sinagogas, ante los gobernadores. Todo el Nuevo Testamento está lleno de esto.

Ahondar en eso. Cultivar, con una sana espiritualidad, el seguimiento de Cristo con la cruz:

Una cruz que significa no sólo crucifixiones interiores, sino también externas, históricas: ser cuestionado, ser difamado, ser perseguido, ser encarcelado, etc. Vivimos en un continente donde tenemos muchos mártires en estos últimos años. Asumir todo eso más evangélicamente. Aprender aquello de "la alegría en medio de las tribulaciones", como escuchábamos recién en el texto de la primera Tesalonicenses. No dejarnos aplastar por estas dificultades. Todo lo contrario, pedir el Espíritu del resucitado para gozar de la alegría en medio de las persecucio-

nes. No se trata de buscar la persecución; pero si viene, saber que está en la lógica del seguimiento de Jesús; que está en la lógica de la fidelidad de la Iglesia a "los hermanos más pequeños de Jesús" que son los pobres.

Y, junto con eso, **velar activamente por la unidad interna de la Iglesia.**

Tenemos diferencias entre nosotros, existen tensiones internas en la Iglesia, hay conflictos dentro de ella. No espantarnos de eso; pero velar, para que tanta mentira y tanta difamación, no consigan la división que buscan.

9. CULTIVAR LA CERCANIA, EL ACOMPAÑAMIENTO, DE LA COMUNIDAD CRISTIANA CON LAS ORGANIZACIONES POPULARES. Eso cobra nueva urgencia ahora que hay un despertar en las organizaciones populares. Una presencia discreta, pero real de la comunidad o de los cristianos en las expresiones populares: expresiones de protesta, expresiones de fiesta. Estar ahí.

Apoyar a los hermanos de la comunidad que están más comprometidos, a título de pueblo, a título de laicos cuyo frente principal de testimonio es la vida de la sociedad, laicos de pueblo en las organizaciones de pueblo. Nosotros agentes pastorales, laicos más responsables de las comunidades, debemos estar con esos hermanos más comprometidos, apoyarlos. Cultivar estos lazos de cercanía, de apoyo mutuo. Aprender de las organizaciones populares, de su manera de organizarse, de su vitalidad, de la generosidad que les lleva; sin ser ingenuos y velando por la indispensable autonomía, tanto de las comunidades cristianas como de las organizaciones populares. Ni cristianizar -en el sentido de Cristiandad- las organizaciones populares, ni perder la identidad y libertad, evangélica y evangelizadora, de la Comunidad Cristiana como tal.

Ayudar a la gente de nuestro pueblo -incluso a los no creyentes, a los que no sienten el llamado a participar en una comunidad cristiana-, ayudarlos a entender que el pueblo, así como necesita organizaciones de población, sindicatos, partidos políticos populares, también necesita una Iglesia: un espacio de fraternidad, un signo de esperanza, lugares para un encuentro más allá de las diferencias ideológicas, y donde se pueda ahondar en las necesidades y los anhelos más profundos del mismo pueblo, donde pueda experimentarse ya una hermandad

y una libertad que quisiéramos reinaran en toda la vida y en toda la sociedad.

Para nosotros, creyentes, volver a afirmar ante nosotros mismos y ante nuestros hermanos, la necesidad de lugares para un encuentro consciente y compartido con el Dios de la vida, con el Cristo viviente, resucitado hoy día. Dios está en la historia, Cristo está en toda la vida; pero necesitamos y nuestro pueblo necesita esos espacios donde esto se pueda decir, donde la conciencia se pueda expresar, cultivar, ahondar, radicalizar; donde esto mismo pueda desembocar en un encuentro verdaderamente personal, con un Dios persona, que nos personaliza a cada uno y va humanizando desde su raíz la vida de nuestro pueblo. Eso, volver a descubrirlo, volver a decírnoslo y decirlo a nuestros hermanos, descubrir maneras de hacerlo entender también a los que no caminan con nuestra comunidad cristiana. Repito: **cultivar la cercanía de la comunidad cristiana con las organizaciones populares, con las expresiones de nuestro pueblo, velando por las autonomías y por la identidad y el aporte propio de la comunidad creyente, de la comunidad eclesial.**

10. AHONDAR EN NUESTRO CONOCIMIENTO VIVO Y SEGUIMIENTO PRACTICO DEL JESUS HISTORICO DE LOS EVANGELIOS, POR UN LADO, Y DE LA COMUNIDAD DEL RESUCITADO, POR OTRO. Son dos dimensiones de lo mismo. Pero con estas dos vertientes, o alusiones, quiero referirme a lo que las primeras generaciones cristianas recogieron en la totalidad de lo que es para nosotros el Nuevo Testamento.

Cuando digo ahondar en nuestro conocimiento y seguimiento de Jesús aterrizado hoy día, me refiero al Jesús histórico como lo encontramos en los evangelios; leídos éstos en perspectiva creyente, en continuidad viva y con toda la tradición de fe del pueblo de Dios.

El Jesús histórico. Es decir, que para conocer a Jesucristo, no podemos seguir contentándonos con trocitos del Evangelio, con unos cuantos episodios milagrosos o con parábolas que se aplican a cualquier cosa. Creo que uno de los grandes acontecimientos de nuestra América Latina en los últimos quince años, es que el pueblo sencillo ha tomado, tal vez por primera vez, el Evangelio en sus manos. Y ha comenzado a leer la historia seguida de Jesús, reconociendo que es una vida humana, que tiene sus circunstancias, que perteneció y pertenece a

una historia homogénea con la nuestra; descubriendo que Jesús fue hombre como nosotros, que vivió en un pueblo oprimido muy semejante al nuestro. Claro que hay diferencias, hay distancias, muchas cosas tenemos que traducirlas de una realidad histórica a otra. Pero hay una continuidad profunda, y nuestro pueblo sencillo va descubriendo con su sabiduría y el instinto de la fe, esta connaturalidad de nuestras situaciones actuales con las situaciones que vivía Jesús.

El Jesús histórico, con sus circunstancias, lo que pasaba alrededor suyo; con su práctica, sus actitudes, sus acciones, sus gestos, lo que El hacía. No sólo cómo anunciaba el Reino, sino cómo lo iba haciendo llegar, en hechos que eran como semilla, como botón de muestra de un mundo nuevo, de una nueva valorización del hombre y la convivencia humana, de una nueva forma de percibir y ahondar en la presencia de Dios en la vida cotidiana y en la historia. Su práctica y su destino, cómo le fue con todo eso.

¿Cómo le fue? Decimos nosotros, excelente.

Pero ¡Caramba! es un excelente no tan fácil, ni tan obvio. Podríamos decir también que le fue pésimo: que llevó a un fracaso tremendo, a una frustración terrible, como para no reponerse más. Si se había llegado a esa radicalidad de la esperanza despertada por el mensaje de Jesús, por su presencia, por su actividad en medio de su pueblo, pues entonces el costalazo fue espantoso. Pero su destino, sabemos que no termina en la ejecución cruel de la cruz. Si estamos aquí, es porque creemos en esa chifladura del mensaje de Pedro y de sus compañeros: Ese que ustedes crucificaron hace algunos días, un hecho público que está en boca de todos (está en los diarios, lo podrían haber visto en la tele si hubiera habido: un hecho tan tangible, tan concreto como eso). Pues a ese mismo, Dios lo ha resucitado y lo ha puesto como principio de la vida nueva y la auténtica convivencia como fundamento de la esperanza invencible. El, que ha sido rechazado, marginado, aniquilado, como el último desecho humano, como el mayor peligro para la seguridad, para el bien y la vida del pueblo. A El, Dios le ha dado la razón. Su causa va, aquello sigue adelante. No sólo sigue, sino que ahora entra en su fase definitiva. Aquello camina y con toda la fuerza de Dios mismo, del Espíritu de Dios, que a partir del Resucitado se difunde a los suyos y empieza a extenderse para transformar el mundo.

El Jesús histórico. Y por otro lado, a partir de ahí ahondar en nuestro conocimiento y seguimiento práctico de la Comunidad del Resucitado, la comunidad del Espíritu. Estoy pensando en los Hechos de los Apóstoles, las Cartas de Pablo y de los demás, el Apocalipsis. La manera de convocar esta comunidad, a partir de lo débil y despreciado del mundo; a través del testimonio atrayente y, al mismo tiempo, simple, pobre, sin gran aparato, sin poder ni prestigio. La experiencia que esa comunidad vive del gozo del Resucitado, del gozo del Espíritu. Ese amor, esa amistad y fraternidad, tan impactante en un mundo, también aquel, tremendamente cruel, inhumano. La experiencia íntima que esa comunidad vive de Cristo y de la fraternidad cristiana, su testimonio y servicio humilde, sencillo pero eficaz, constante, tremendamente humano. Sus conflictos también: una comunidad amenazada, acosada, perseguida; y también una comunidad dividida por conflictos internos. El Nuevo Testamento no nos deja espacio para una visión idílica de la unidad de los primeros cristianos. Era una Iglesia con muchos conflictos.

El más clásico es el conflicto entre los que querían seguir con la tradición cultural y ritual del pueblo judío, y los que querían soltar amarras y meterse realmente en el mundo pagano para transformarlo desde adentro. Y por ese conflicto hubo apasionadas discusiones; en un momento dado, una confrontación pública entre Pablo y Pedro, la que no fue pura dulzura, porque el buen Pablo no era un modelo de mansedumbre al estilo de muchas monjitas del siglo XIX. No, eran machotes que tenían su genio, su temperamento, que defendían sus convicciones con pasión y sabían también humildemente entregar la oreja, por amor a la fraternidad y por amor a la urgencia evangelizadora, la que pasaba por encima de todas las visiones personales más estrechas.

Soy un convencido de que el Nuevo Testamento tiene que ir haciéndonos cada vez más actual. No por fundamentalismos ingenuos, no buscando reproducirlo al pie de la letra. Pero, recoger ese espíritu, esa dinámica; recoger ese testimonio tan cuestionador para tantos esquemas cristianos o pastorales y tan profundamente liberador.

11. VIRTUDES CRISTIANAS DE HOY: FE, ESPERANZA, AMOR.
Como es obvio, no digo con esto ninguna novedad. Fe, esperan-

za y caridad son tres dimensiones de la misma actitud cristiana fundamental, en respuesta al Dios que se nos da en Jesucristo. Son las grandes "virtudes" cristianas de siempre, las virtudes "teologales", como las llama el catecismo del Concilio de Trento. Pero, en cada época en cada situación histórica, los cristianos han acentuado en su práctica aspectos o estilos diferentes. Y nosotros hoy, en la situación que vive ahora nuestro pueblo, leyendo el Nuevo Testamento descubrimos allí un estilo que nos resulta tremendamente actual.

La **Fe** aparece corrientemente en el Nuevo Testamento como lo contrario del miedo, no como lo contrario de la no creencia. La **Fe** es lo contrario del miedo; "No temas, creee". Esa es la pareja de contrarios. No pretendo cuestionar todo el sentido que en la tradición tiene también la fe como acto de creer, como adhesión más intelectual. Creo que eso es verdad. Pero la palabra fe, la actitud de la fe, lleva consigo en forma muy impactante en el Nuevo Testamento esto: la victoria sobre el miedo. No es que los cristianos no sintamos miedo, pero tenemos la fe para vencer, para superar el miedo. No para suprimirlo; para superarlo, que es diferente. Este matiz de la fe como victoria sobre el miedo, creo que es algo tremendamente actual. Estoy pensando, no solamente en el miedo que podemos tener los cristianos, como Iglesia, de ser perseguidos, o de que esta noche al volver a casa descubramos que nuestra Capilla de madera ha sido quemada. No. Eso también, pero el miedo de todo cristiano es el de todo hombre, el miedo de los pobres, de los empobrecidos y desvalidos: el miedo a la represión, el miedo a un futuro tan tremendamente incierto, el miedo a la frustración, el miedo a la muerte en vida, que es peor que la muerte que pone fin a nuestra vida terrenal. El miedo a que nuestra vida llegue a ser completamente aplastada, vaciada de contenido humano; el miedo de tantos jóvenes, de tantos padres que temen por el futuro de sus hijos con angustia. No clericalicemos el miedo.

No se trata sólo de los miedos eclesiásticos.

Eso también, porque nos involucran a nosotros: tememos por nuestra Iglesia.

La actitud del creyente es todo lo contrario de una actitud temerosa, medrosa, que anda viendo antes que nada los peligros. Hay que ser lúcido de los peligros, pero no puede ser

eso lo que constituya la gran motivación de nuestra vida: evitar los riesgos, evitar problemas. Entonces, mejor vámonos para la casa y los hermanos gringos que están aquí vuélvanse a su país.

Pero estamos aquí porque tenemos fe y esa fe nos hace vencer el miedo. Hay una palabra griega que desgraciadamente se perdió en el lenguaje cristiano. Hay muchas palabras griegas que nosotros usamos con mucha soltura de cuerpo, por ejemplo: apóstol, caridad, diácono, carisma, son palabras griegas que han pasado a casi todas las lenguas donde ha habido una influencia del cristianismo. Esta palabra desgraciadamente no pasó a nuestra lengua y es una gran pena, porque traduce una actitud muy propia del estilo cristiano. En griego dicen "parresía". A veces traducen esta palabra por audacia, otras veces por coraje, otras por libertad. Libertad frente al miedo, frente a las presiones y las amenazas de los que tienen poder, de los que pueden matar el cuerpo pero no el alma. Es la "parresía", la valentía, el coraje cristiano, la libertad evangélica que hace vencer el miedo, y eso es algo muy esencial de la fe cristiana.

La **Esperanza**. La esperanza es lo contrario de la desesperación, del "achaplinamiento", del echarse, del decir: hasta aquí no más llevo.

La **esperanza** es la certeza de la plenitud futura del Reino. Pero esa certeza es tal, que no nos deja tranquilos, que nos hace caminar constantemente. Es una esperanza activa, no es la esperanza del que se cruza de brazos esperando que Dios solucione los problemas por milagro, o que llegue el fin del mundo y pase todo esto. Es la esperanza que fuerza a seguir adelante. Aquí también hay una palabra griega: La "hypomené".

Se traduce no muy exactamente por paciencia; pero más que paciencia es constancia, es aguante, es el seguir tirando p'adelante aunque todo vaya para atrás, es la esperanza contra toda desesperanza. Todo parece ir en la dirección de la muerte, y yo apuesto por la vida. Apuesto por la vida y lucho por la vida. Es la esperanza porfiada. Esa esperanza tan típicamente cristiana, y que es tan urgente activar en nosotros, contagiarla en nuestro pueblo hoy día.

Y para eso, abrir los ojos y saber reconocer todos los

signos de vida y resurrección que se dan ya en la vida de nuestro pueblo. Signos "milagrosos", como los calificábamos recién, en nuestro primer "llamado". Reconocer esos pequeños gestos, esa gran corriente profunda de solidaridad, el amor a la vida. Reconocerlos para nosotros y para los demás, "inflarlos" de verdad, apoyarnos en ellos y proclamarlos.

Por último, el **Amor**. ¡Quién soy yo para hablar del amor! Pensemos en todo lo que dice Juan en su primera carta, en lo que dice Pablo sobre el amor en el capítulo 13 de Corintios.

Pero me atrevo a aterrizar algunos rasgos del amor concreto como se nos pide, creo yo, hoy día: es el amor humilde, como lo contrario del odio. Pero ¡cuidado! odio es una palabra muy manoseada, muy utilizada unilateralmente por todo un discurso ideológico que nos quiere hacer creer que el odio está solamente en los de abajo, solamente en los pobres, que la amenaza del odio viene de las poblaciones marginales:

"¡Hola, flaco Ronaldo! ¿Dónde estás ahora? Sé que eres cura. -Estoy en una población, allá.

-¡Oh, que debe ser bravo eso! Cuánto odio debe haber ahí, que terrible, qué duro debe ser vivir ahí".

-¡Oh, si supieran! Cuánta ternura. Cuánta capacidad de amistad, de perdón heroico hay en nuestro pueblo. Cuando mi vecina en la Población Joao Goulart, una gran luchadora de los familiares de detenidos desaparecidos -a ella que una noche del 74 le sacaron a su marido, a dos hijos y a una nuera de la cama a las tres de la mañana, y no los vió nunca más- cuando ella dice: "toda mi lucha es para que nunca más a ninguna madre ni esposa de nuestro pueblo les vuelva a pasar esto, tampoco a las mamás y las esposas de los que hicieron eso con mi marido y mis hijos". Ese es el "odio" de nuestro pueblo. No digo que en los pobres no haya también odio. Ahí también el Evangelio es llamado exigente a la conversión. Pero. ¿Quién soy yo para condenar a mis hermanos que llegan a odiar en esa situación?.

El odio de que habla el Nuevo Testamento no es sólo la agresividad que lleva a la violencia, es también y más frecuentemente la indiferencia.

"¿Cómo puedes decir que amas a Dios si odias a tu hermano? ¿Y en qué consiste el odio? en que viene a golpear a

tu puerta uno que tiene hambre, que está desnudo y tú le dices, "vete en paz", le cierras tus entrañas, no reconoces en la carne de tu hermano que sufre tu propia carne". La indiferencia, el abanicarse con el sufrimiento de las grandes masas, el no importarme que mi tranquilidad se pague a ese precio. Es el odio del rico Epullón, que no hizo nada, no agredió al pobre Lázaro...

Frente a esto, el amor humilde se hace misericordia. La misericordia es el amor que se hace pequeño con el pequeño, sufrido con el que sufre, se hace pobre con el pobre y oprimido con el oprimido. Es el amor que lleva a la "kenosis", es decir, a despojarnos de nuestra propia seguridad, de nuestras propias comodidades, incluso de valores de vida humana que en cierto sentido podemos tener merecidos, por estar junto a los que sufren más. Por compartir desde dentro la situación de nuestro pueblo humillado y despojado. Esto es tremendamente exigente, pero tenemos una vez más el gran referente que es Cristo. El, que siendo de condición divina, siendo igual a Dios, no retuvo eso como privilegio, sino que "se vació a sí mismo", dice el himno de Filipenses, se hizo obediente, tomó la condición de esclavo. Eso frente a los que sufren, a los oprimidos.

Y frente a los opresores -y disculpen la esquematización tan burda- esa misma misericordia se hace perdón activo. No es sólo el perdón desde lo alto de la Cruz, "Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen". Ese perdón de Jesús se continúa, por la acción del Espíritu del Resucitado, en la acción de los discípulos cuando confrontan a los asesinos de Jesús con su propia responsabilidad: Ustedes condenaron al justo, al inocente, ustedes dieron muerte al autor de la vida, y eso se lo decimos para que despierten y reaccionen; conviértanse, tenemos que ser hermanos; esta salvación que anunciamos es también para ustedes. Ese es el perdón activo.

No es sólo decir, bueno ya, borraré y me olvido de eso, no lo tomo en cuenta. No se puede desconocer los crímenes y las injusticias, es necesario denunciar, confrontar al injusto y al criminal con su injusticia y su crimen. Eso no por revancha y para destruir al opresor, sino para liberar al hombre que hay en él, para su conversión, y para la transformación efectiva de la sociedad humana. Ese es el perdón activo, y creo que ese es el nervio de lo que llamamos ahora "la

acción no violenta". Confrontar a los opresores, pero confrontarlos en forma no violenta, exponiéndonos nosotros, como un llamado a su conciencia tal vez dormida, encallecida, apelando a esa presencia del Dios de la Justicia y la Verdad que siempre guarda un rincón en el corazón de todo hombre por corrompido que nos parezca.

Estas serían, pues, las dos dimensiones del amor-misericordia, como contrapartida del odio que es indiferencia, que es agresión violenta.

Amor misericordia que es despojarnos de nuestra situación privilegiada, de nuestra seguridad, para compartir la situación de los que sufren; y por otro lado, confrontar, ejercer ese perdón activo que es denuncia y llamado a la conversión, para salvar al opresor por amor al hermano que hay en él, para abrir el paso a una convivencia social digna de hijos de Dios.

